

Luis A. Fallas

Notas sobre la física epicúrea

Summary: *In an attempt to liberate us from ignorance, Epicurus defends a remake of atomist physics. Nevertheless, his materialist ontology, whose presocratic support is evident, is at fault when not being able to avoid some of the rigorous aristotelic schemes, those that he was precisely dealing with in order to refute them.*

Resumen: *En un intento para liberarnos de la ignorancia, Epicuro propugna una reelaboración de la física atomista. No obstante, su ontología materialista, cuyo respaldo presocrático es evidente, peca al no poder soslayar algunos de los rigurosos esquemas aristotélicos, aquellos que precisamente estaba tratando de refutar.*

Prólogo

La física en la filosofía griega antigua tiene un capítulo de importancia singular, entre los principales promotores suyos tenemos a los más influyentes filósofos de la historia, y se encuentra en casi todos los pensadores conocidos de esta época. Uno de esos sistemas, quizás el más apreciado por los filósofos modernos, es el atomismo, que, como bien sabemos, tiene en la antigüedad al menos dos facetas: la primera, que es la genetriz, desarrollada por Leucipo de Mileto y Demócrito de Abdera en el s. V a. C., y la segunda, cuyo gestor es Epicuro de Samos (342-271 a. C.), de la que poseemos como fuentes primordiales la *Carta a Heródoto* del mismo Epicuro y el poema *De rerum natura* de Tito Lucrecio Caro (98-55 a. C.). Ambas etapas están concatenadas, aunque lo que llamaremos "epicureísmo", que corresponde a la

segunda como un todo, añade nuevos rumbos a la ruta emprendida por los atomistas antiguos.

Esta breve exposición versa sobre los antecedentes y las principales características de la física epicúrea, en cuanto ontología materialista, es decir, en tanto metafísica de la naturaleza. Tratamos de probar cómo están presentes en este atomismo los rasgos del monismo eleático transformados no sólo por las propuestas pluralistas, sino también por el teleologismo organicista; además, cómo el epicureísmo no es suficientemente consistente en la formulación de su teoría, lo que estaría provocado por la subordinación de esta, su física, a la ética, quedando la primera en un plano quizás de menor importancia y dignidad, lo cual, a su vez, hace que se descuide su desarrollo.

Antecedentes

Ante el monismo eleático las respuestas en filosofía de la naturaleza se complican enormemente. La sugestiva unificación entre el $\omega\epsilon\iota\upsilon\nu$ y el $\epsilon\tau\epsilon\lambda\epsilon\iota\sigma\tau\epsilon\varsigma$ establecida por Parménides abre un camino insoslayable para cualquier pensador que trate de resolver el problema del Todo. Y aunque se le quiera valorar como estático e idealista, este monismo se volverá paradigmático en la física posterior, en la medida en que se quisiera hacer una especie de ontología.

$\chi\rho\eta\tau\acute{o}\tau\circ\lambda\acute{\epsilon}\gamma\epsilon\iota\nu\tau\epsilon\omega\epsilon\iota\nu\tau\acute{\iota}\epsilon\delta\acute{o}\nu\epsilon\mu\epsilon\nu\alpha\iota\cdot\epsilon\sigma\tau\iota$
 $\gamma\alpha\rho\epsilon\iota\nu\alpha\iota,\mu\eta\delta\epsilon\nu\delta'\acute{o}\iota\kappa\epsilon\sigma\tau\iota\nu\cdot$
(Necesario es decir y pensar que lo que es realmente existe,
pues el ser es, mas la nada no es.)

La vía del ser es el único camino inteligible, es la ruta por la que nos damos cuenta de cómo son las

cosas realmente. Allí la verdad se nos manifiesta con singular belleza, allí encontramos al ente que

οὐδέ ποτ' ἦν οὐδ' ἔσται, ἐπεὶ νῦν ἔστιν
 οὐκ οὐ πᾶν, ἐν, συνεχές.²

(no habría sido ni será jamás, puesto que ahora es todo, uno y continuo al mismo tiempo.)

Es lo uno que siempre es igual, que no nace ni perece, lleno y continuo, inmutable dentro de los límites de unas poderosas cadenas que lo sostienen, como dice metafóricamente el conocido poema citado.

La verdad del pensamiento, la que realmente cuenta, nos deja perplejos, porque lo que constatamos en nuestra cotidiana experiencia no corresponde aparentemente a su develamiento. Por eso quedamos en una peligrosa disyuntiva: o aceptamos la razón y desechamos cualquier tipo de conocimiento respecto a lo inmediato, o la desechamos y desarrollamos una física paralela a la racionalidad, quizás fundándose en la sensación.

Las respuestas al planteamiento parmenídeo no esperaron mucho, él mismo pudo aportar un bosquejo cosmológico, por cierto poco estudiado. Zenón, su discípulo más cercano, toma la retaguardia por la vía racional, presentando una argumentación, ya no basada en el principio de identidad ni en el de no contradicción, sino elaborada a base de antinomias y paradojas, cuya solución será primordial para justificar la filosofía de la naturaleza; así, por ejemplo, Aristóteles hace un esfuerzo importante en tal resolución, esfuerzo gracias al que llegaron hasta nosotros las paradojas de aquel.

Meliso, otro seguidor del eleatismo, tratan-do de reforzar la tesis parmenídea, dice:

οὐδὲ κενεόν, ἔστιν οὐδέν· τὸ γὰρ κενεόν οὐδέν ἔστιν·
 οὐκ ἂν οὖν εἴη τὸ γε μηδέν.³

(Nada vacío existe, pues lo vacío no es nada; en efecto, no podría existir la nada.)

Esto quiere decir que el concepto de vacío es equivalente al del no ser, lo cual no corresponde exactamente a lo que decía el viejo Parménides, pero ayuda a dar un paso significativo para los subsiguientes pensadores.

No es, sin embargo, hasta Empédocles que se da una respuesta paralela. El agrigentino plantea un mecanicismo por mezcla y disociación en el que se da una rotación circular que, a su vez, supone, frente a los eleatas, pluralidad,

pero que mantiene al Todo como un ser inengendrado e indestructible, invariable en su ciclicidad. Así,

ἦδε διαλλάσσοντα διαμπερὲς οὐδὰμ' ἀλγήει,
 ταύτη δ' αἰὲν ἔασιν ἀκίνητοι κατὰ κύκλον.⁴

(Como las cosas que mudan constantemente jamás cesan, de ese modo siempre son inmóviles en su ciclo.)

Los cuatro elementos contemplados en su doctrina, así como las dos fuerzas que los mueven, responden a la realidad inmediata y al ser como totalidad, resolviendo de alguna forma la racionalidad cósmica. Por cierto, Lucrecio habla negativamente de su doctrina dado que, entre otras cosas, no admitía el vacío, no limitaba la divisibilidad de la materia, además de que suponía una vuelta del universo a la nada y viceversa.

huc accedit item, quoniam primordia rerum
 mollia constituunt, quae nos nativa videmus
 esse et mortali cum corpore funditus, ut qui
 debeat ad nilum iam rerum summa reverti
 de niloque renata vigescere copia rerum.⁵

(Agréase también a esto que, puesto que hacen elementos de las cosas, las que son moles, que nos consta han nacido y tienen un cuerpo en absoluto mortal, el conjunto de las cosas ya deberá volver a la nada, y de la nada renacido prevalecer el caudal de las cosas.)

Anaxágoras, por su parte, presenta una nueva línea de racionalización. Su universo comienza, en su generación, de un caos del que se desprende una infinita serie de partículas homogéneas, que son "semillas" de todas las cosas, que Aristóteles cita como τὰ ὁμοιομερῆ en la *Física* (A 4, 187a 23). Tales pequeñas porciones, que son tantas como sustancias naturales cualitativamente diferenciales hay, contienen en sí mismas todas las cosas,

ἐν τῷ σμύπαντι χρὴ δοκεῖν εἶναι πάντα χρήματα.⁶

(Es necesario estimar que en la totalidad permanecen todas las cosas.)

Para el gran pensador de Clazomene el movimiento de estos elementos procede de un principio inteligente, el νῆς, solución que tendrá enormes repercusiones en el siglo siguiente.

Lucrecio también arremete contra Anaxágoras al no admitir este el vacío, (aunque es posible suponer un tipo de espacio en su esquema) además de que tampoco ponía límite a la divisibilidad de la materia. De igual forma, como explicita Cappelletti,

incurre en el error de concebir principios o elementos demasiado débiles como para que sean capaces de subsistir, y de poder evitar, con sus supuestos, la aniquilación de los seres.⁷

Al rechazar la tesis de que todo está en todo, dice el mismo Lucrecio:

scire licet non esse in rebus res ita mixtas
verum semina multimodis inmixta latere
multarum rerum in rebus communia debent.⁸

(Se puede saber que en las cosas no existen cosas así mezcladas, verdaderamente las semillas comunes inmezcladas de muchas cosas deben permanecer ocultas de múltiples modos en las cosas.)

Frente a todas estas doctrinas la respuesta más radical de este siglo V es el atomismo. Sus exponentes, Leucipo y Demócrito, optan por un mal llamado "materialismo" cosmológico de explicación mecanicista; esto es, parten de lo corporal, no sólo como único elemento posible en la constitución del Todo, sino también como el agente actuante en el mismo. No obstante que Parménides no había supuesto ninguna fuerza extra-corpórea que interviniese en el universo, los otros pensadores la suponían para entender su movimiento y vida. Los atomistas toman la bandera del mecanicismo, haciendo del cosmos un sistema de cuerpos en movimiento semejante a una gran máquina, dejando por fuera todo teleologismo y orden que no sea la simple distribución de la materia en el espacio.

No podemos distinguir con absoluta seguridad que es lo que corresponde a cada uno de esos dos pensadores atomistas, dadas las lagunas doxográficas, aunque se considera que hay bastante homogeneidad entre sus doctrinas. De lo que sabemos, parece ser que Leucipo es el que enfrenta más claramente el eleatismo, mientras Demócrito con las doctrinas de este es el paralelo a Platón y al pitagorismo.

Leucipo postula el no ser de la misma forma que Meliso, como equivalente al vacío, solo que este no-ente existe y da sentido a la corporalidad, irrespetando quizás no la doctrina de Parménides sino la de Meliso (no es difícil notar lo paradójico de esta concepción, si nos atenemos a una lógica concepción de lo no existente, dado que algo que no es, en la racionalidad parmenídea, no podría siquiera categorizarse). Gracias al vacío hay movimiento y una pluralidad infinita de cuerpos, pues ese es precisamente el espacio donde se encuentran. Esto hace comprender la misma experiencia sensible, aunque luego

Demócrito se declare escéptico en torno a la fiabilidad de los sentidos.

Frente a la dificultosa divisibilidad infinita de que hablaba Zenón, se sostiene que lo infinito es el número de cuerpos y no la división, pues cada partícula será verdadera unidad. De allí procede obviamente el nombre de ἄτομοι, lo indiviso, lo que no tiene partes. Cada uno de estos elementos corresponde a lo que el mismo Meliso habría considerado como el ser, claro que en una infinita pluralidad, pues no tiene cambios internos, ni vacíos ni poros que "suenen" a no ser.

Aristóteles explicándoles dice:

Λεύκιππος δὲ καὶ ὁ ἑταῖρος αὐτοῦ Δημόκριτος στοιχεῖα μὲν τὸ πλήρες καὶ τὸ κενὸν εἶναι φασί, λέγοντες τὸ μὲν ὄν τὸ δὲ μὴ ὄν, τούτων δὲ τὸ μὲν πλήρες καὶ στερεόν, τὸ ὄν, τὸ δὲ κενὸν καὶ μανόν, τὸ μὴ ὄν.⁹
(Leucipo y su compañero, Demócrito, dicen que los elementos son lo lleno y lo vacío, llamando a uno ente y a otro no ente, y lo vacío y raro, lo no ente.)

El vacío, que posibilita la acción de los átomos, es igualmente infinito (si es tridimensional y no comporta características materiales, ¿podremos hablar de un materialismo puro?), aunque es homogéneo e isotrópico, mientras que los mismos átomos contenidos en dicho espacio difieren bastante entre sí, esto por su figura -σχῆμα- (forma y tamaño); además, comportan un orden -τάξις- y posición -θέσις- diversos.

Quizás lo que más interesa es precisamente el proceder de los átomos en este vacío. Su comportamiento es y ha sido siempre igual: en continuo movimiento (¿hacia dónde? En la lógica de la física aristotélica este es un problema grave, pues sin suponer un vórtice de llegada ni un peso en cada átomo tendería hacia todos lados y, por ende, se quedaría quieto; por supuesto tenemos enfrente un esquema completamente distinto).

Στασιάζειν δὲ καὶ φέρεσθαι ἐν τῷ κενῷ διὰ τε τὴν ἀνομοιότητα καὶ τὰς ἄλλας εἰρημένας διαφοράς, φερόμεναι δὲ ἐπιπίπτειν καὶ περιπλέκεσθαι.¹⁰

(Disienten y se mueven en el vacío por las semejanzas y las otras citadas diferencias, moviéndose se lanzan y se entrelazan.)

Mas señala Aecio,

Δημόκριτος ἔν γένος κινήσεως τὸ παρὰ παλμὸν ἀπεφαίετο.¹¹

(Demócrito da a conocer como un género del movimiento el que se da por vibración.)

de Demócrito y algún que otro presocrático asaliado oportunamente, no resiste la confrontación con la de este autor minucioso, concienzudo y polémico de tan amplio compendio *Sobre la naturaleza*.¹⁴

Esto lo dice después de repasar los títulos de los textos hallados, nosotros de momento no podemos asumir mayor responsabilidad en su estudio). Esta carta es nuestra guía de aquí en adelante.

Al establecer los principios generales de la filosofía natural, Epicuro vuelve al eleatismo:

πρῶτον μὲν ὅτι οὐδὲν γίνεται ἐκ τοῦ μὴ ὄντος· πᾶν γὰρ ἐκ παντὸς ἐγίγνετ' αὖ, σπερμάτων γε οὐδὲν προσδεόμενον, καὶ ἐφθείρετο δὲ τὸ ἀφανιζόμενον εἰς τὸ μὴ ὄν, πάντα αὖ ἀπωλῶλει τὰ πράγματα, οὐκ ὄντων τῶν εἰς αὐτὸ διελθόντων. καὶ μὴν καὶ τὸ πᾶν αἰεὶ τοιοῦτον ἦν ὁλον ἢν ἔστι καὶ αἰεὶ τοιοῦτον ἔσται.¹⁵

(En primer lugar, que nada llega a ser de lo no ente. Pues todo llegaría a ser de todo, sin que haya necesidad de semillas. Habiendo perecido lo que se destruye en lo no ente, todas las cosas se habrían aniquilado, sin que existiesen aquellas cosas en las que se dispersarían [morirían]. Y por cierto, todo era siempre tal como ahora es y será siempre tal.)

El ser es y no puede no ser, es inmutable y en ese sentido perfecto, dado que no tiene posibilidades mayores de realización. Mientras tanto lo que no es no puede ser sino introducido por una imaginación que se subleve a la realidad, imponiendo criterios quizá aparentes, pero efectivamente falsos.

Así, la generación no puede provenir de cosas inexistentes o imposibles:

Nam si de nilo fierent, ex omnibus rebus
omne genus nesci posset, nil semine egeret.
e mare primum homines, e terra posset oriri
aquamigerum genus et volucres; erumpere caelo
armenta atque aliae pecudes...¹⁶

(Pues si de la nada se hicieran, de toda cosa todos los géneros podrían nacer, y nada se sacaría de la semilla. Del mar primeramente (se originarían) los hombres, de la tierra podrían originarse el género de los peces y el de los pájaros; irrumpirían desde el cielo los ganados y las otras bestias.)

En efecto, si nos atenemos a los datos de los sentidos y a la lógica de lo sensible, el mundo parece tener una dinámica distinta de la que podríamos haber imaginado.

Lo mismo ocurre cuando palpamos la contingencia de los objetos o cuerpos naturales. Estos no se destruyen totalmente, solo se transforman o disuelven. No podríamos pensar en una llegada al no ser, nuestra lógica se resiste siquiera a concebirlo (por eso resulta sumamente problemático sostener que el vacío sea, en efecto, algo no existente, más bien que algo necesario y factual).

A fin de que, a través de todas las transformaciones que conforman el ciclo cósmico, no se llegue nunca a la aniquilación de una cosa, ... es preciso que, por debajo de todas esas transformaciones, permanezca siempre algo idéntico e inmutable.¹⁷

Una destrucción total sería el resultado de la suposición del paso al no ser, puesto que la generación no podría ser suficiente para mantener el "status quo" del cosmos.

En efecto, si nada viene de la nada ni nada se transforma en algo no existente, es obvio que lo que es permanece tal como ha sido siempre, en su más íntima naturaleza. Todos los cambios y transformaciones que observamos en lo sensible son solo apariencia, y aunque la veracidad plena viene de los sentidos, no podemos dejar de inferir esta necesidad (parece más consecuente el escepticismo de Demócrito respecto de lo sensual). Un cambio en el ser implicaría una naturaleza distinta fuera de la actual, y de esa no parece haber ninguna evidencia,

οὐδὲν γὰρ ἔστιν εἰς ὃ μεταβάλλει. παρὰ γὰρ τὸ πᾶν οὐδὲν ἔστιν ὃ αὖ εἰσελθὼν εἰς αὐτὸ τὴν μεταβολὴν ποίειται.¹⁸

(No existe nada dentro que se modifique. Pues más allá de la totalidad no existe nada que entrando al mismo efectuara un cambio.)

Planteados estos tres principios, Epicuro deja el eleatismo y pasa al atomismo:

τὸ πᾶν ἔστι σῶματα καὶ τόπος.¹⁹
(La totalidad es cuerpo y espacio.)

Con esta especie de dualismo, que en realidad podría no serlo, porque lo que cuenta es sólo lo corpóreo, tenemos resuelto el problema de la justificación de los fenómenos. La sensación nos muestra un universo cambiante, que se genera y se corrompe, cuya esencia parece no ser más que un continuo movimiento; esto, como lo hemos dicho atrás, rompe con la razón eleática. Pero lo que sucede propiamente no está a nuestra vista, se intuye con esa misma razón. El ser verdadero de las cosas se esconde en la ínfima pequeñez, en lo infracorpóreo.

El vacío, que es espacio y un tipo de naturaleza impalpable, viene a dar posibilidades a los corpúsculos, a proporcionar el lugar para el movimiento, lo único "valioso" que pueden hacer estos:

εἰ γὰρ μὴ τὴν ὁ κενὸν καὶ χώραν καὶ ἀναφή φύσιν ὀνομάζομεν, οὐκ ἂν εἶχε τὰ σώματα ὅπου τὴν οὐδὲ δι' οὗ ἐκινέτο, καθάπερ φαίνεται κινούμενα.²⁰

(Si no existía aquello que designamos como vacío, intervalo y naturaleza impalpable, no habrían estado los cuerpos donde estaban ni [aquello] en lo que se movían, tal como evidentemente se mueven.)

(Nótese como el mismo Epicuro señala la imposibilidad de considerar al vacío como el no-ser, como no existente; a menos, claro, que el uso del imperfecto en este texto no equivalga al participio o al infinitivo con lo que se habla del no-ser.) Pero también este vacío es, como dice M. Rodríguez,

el verdadero principio de contingencia en este sistema, puesto que a partir de él surge la pluralidad y consiguientemente la destructibilidad.²¹

Es el que justifica las apariencias que rechazaban los eleatas.

No podemos olvidar que, como buen seguidor del atomismo, Epicuro sostiene la infinitud de este espacio, que lo conceptualiza como isotrópico y que, por eso, no tiene por qué ofrecer resistencia en ninguna de sus partes (esta doctrina parece generar también problemas, dado que al explicar la generación se habla de vórtices, que no simulan ser sino una salida "olímpica" ante la crítica aristotélica al atomismo democríteo). Mas su extensión no solo se reconoce en la totalidad del cosmos, sino entre los mismos cuerpos que nos presenta la sensibilidad, incluso dentro de los cuerpos que nos parecen más sólidos, compactos y continuos (esto es una verdadera afrenta al pensamiento físico de Aristóteles, quien probablemente le hubiese reprochado su doctrina no solo por sus radicales diferencias en el orden teórico, sino también por la poca congruencia de su física para con su gnoseología).

Por otra parte, el verdadero ser en el universo es el átomo, en su plenitud en cuanto lleno, como el fiel modelo de la racionalidad eleática (desgraciadamente la diversidad de formas de estos átomos no corresponde a la idea de la esfericidad, tan apreciada por Parménides, solo algunos lo harían, los átomos del alma), y en su pluralidad, como revelador indicio de la conformación de nuestro mundo.

Cuando Zenón de Elea complicaba la vida de los físicos con sus extraordinarias argumentaciones, supuso que el argumento de la dicotomía, por el que no se podía trasladar de un lado a otro,

dada la infinitud de partes en que podía ser dividida la distancia, nos dejaría sin una salida inteligente para entender nuestro movimiento. Mas, si enfrentamos esta supuesta divisibilidad infinita, que habían sostenido no sólo Empédocles y Anaxágoras, sino también Aristóteles, con la tesis de que hay un momento en que es imposible seguir dividiendo, ya que nos encontramos con lo indiviso, con el átomo, el que no tiene vacío interno, en ese instante nos damos cuenta de la inteligibilidad de la doctrina atomista y de sus posibilidades en el esclarecimiento de nuestra realidad (no deja de ser un problema que luego los mismos átomos se lleguen a concebir intelectivamente con partes, como veremos, dado que la divisibilidad de que habla Zenón también es una consideración racional y debe tener respuesta en ese mismo orden. Quizás Epicuro no estaba tan preocupado por responder a este eleata como sí lo estaba por enfrentar al aristotelismo):

Solo si se admite la existencia de partículas indivisibles es posible ofrecer una explicación consecuente y lógicamente mecanicista del universo.²²

Todas las cosas deben estar conformadas por átomos, de tal modo que si se destruyeran, lo que ocurra no sea más que una dispersión de partículas, de elementos de continua existencia. Esta composición Epicuro la expresa así:

ὥστε τὰς ἀρχὰς ἀτόμους ἀναγκαῖον εἶναι σωμάτων φύσεως.²³

(De tal modo que es necesario que los principios sean átomos y naturalezas de las corpóreas.)

En efecto, los átomos son las naturalezas -φύσεις- o elementos de las cosas que corresponden en los azarosos mundos a lo necesario, lo último que siempre es y permanece.

Al igual que el vacío, la infinitud, esta vez no en extensión sino numérica, es característica primordial de estos cuerpos, dado que la totalidad de las cosas es efectivamente infinita (τὸ πᾶν ἀπειρόν ἐστιν). Así, como dice el mismo Epicuro, la infinitud extensiva del primero es correspondiente a la numérica de los otros, de lo contrario se darían imposibles lógicos (no parece del todo convincente la argumentación que se da en el número 42 de la carta, puesto que da la impresión de recurrir a petición de principio al hacer depender por reciprocidad sus infinitos, sin probar la existencia de al menos uno de ellos. Lucrecio, más preocupado por eso, propone una serie de

argumentos en favor de esta infinitud; por ejemplo, el de la flecha que traspasa el límite del universo, que ya había sido propuesto por Arquitas de Tarento.)

Frente a Demócrito, el maestro del Jardín no consideraba una infinita variedad de átomos, sino una ἀπείρητος -innumerable- cantidad de ellos de lo contrario,

οὐ γὰρ δυνατόν γενέσθαι τὰς τοσαύτας διαφορὰς ἐκ τῶν αὐτῶν σχημάτων περιελθμένων.²⁴
(No es posible que lleguen a producirse tantas diferencias desde la mismas figuras delimitadas.)

La infinitud es propia del número de átomos de cada figura particular; así no tiene que producirse necesariamente cualquier tipo imaginable de compuesto en el cosmos.

Ampliando también la teoría democritea sobre las características atómicas, expresa:

καὶ μὴν καὶ τὰς ἀτόμους νομοτέον μηδεμίαν ποιότητα τῶν φαινόμενων προσφέρεσθαι πλὴν σχήματος καὶ βάρους καὶ μεγέθους καὶ ὅσα ἐξ ἀνάγκης σχήματι συμψηφίστη.²⁵

(Y en efecto, se ha de considerar que los átomos no comportan ninguna clase de fenómenos más que la figura, el peso, la dimensión y cuantas cosas por necesidad son propias de la figura.)

Los átomos tienen peso, característica que correspondía a los compuestos en el anterior atomismo. Con esto Epicuro trata de salvar el problema de la acción atómica: el peso será la primera causa del constante movimiento de estos cuerpos, que es por naturaleza en caída (Epicuro no puede sostener el concepto de movimiento de los atomistas antiguos ante las estructuraciones conceptuales aristotélicas: El movimiento empieza a tener causa).

Por otra parte, decía Aristóteles que solo lo que tiene partes es cuerpo y tiene peso (y movimiento, por lo visto). Ante tal razón teórica, Epicuro introduce una de sus tesis más aventuradas, la de las partes mínimas dentro del átomo:

τὸ τε ἐλάχιστον τὸ ἐν τῇ αἰσθήσει δεῖ κατανοεῖν ὅτι οὔτε τοιοῦτόν ἐστιν οἷον τὸ τὰς μεταβάσεις ἔχον οὔτε πάντῃ πάντως ὁμόμοιον, ἀλλ' ἔχον μὲν τινα κοινότητα τῶν μεταβατῶν διάληψιν δὲ μερῶν οὐκ ἔχον.²⁶
(Es necesario comprender que lo más pequeño, en cuanto a lo que está en la sensación, no es ni tal como aquello que tiene transiciones, sino de manera alguna como algo diverso por todas partes, sino más bien como aquello que tiene alguna participación de transiciones, pero que no posee separación de partes.)

Así mismo ocurre en el ínfimo de los cuerpos, dado que tiene extensión y, por ende, límites. Aunque suene contradictorio, lo indivisible se puede concebir con partes o divisiones, las que participan de la inmutabilidad e indivisibilidad del mismo corpúsculo. Por supuesto, dichas partes mínimas no son separables nada más que por vía racional (esto no elimina el problema, dado que los mismos átomos son constructos racionales). No son cualidades inseparables del átomo, son porciones inteligibles necesarias para la comprensión de la naturaleza de este.

Quizás estas "minimae", como las llama Lucrecio, lo que vienen a resolver es el tamaño mismo de los átomos; a este propósito, dice M. Rodríguez:

La teoría de las partes minimae era una consecuencia necesaria de la corrección, por parte de Epicuro, de la infinitud de formas de Demócrito. No puede haber átomos de corpulencia infinita.²⁷

El mayor o menor tamaño de los indivisibles dependerá de las partes mínimas de que se componga.

Por otro lado, lo que más interesa de los átomos es el movimiento, puesto que nos hace comprender la realidad sensible.

κινούνται τε συνεχῶς αἱ ἄτομοι τὸν αἰῶνα.²⁸
(Se mueven sin cesar los átomos en el tiempo.)

El vacío no ofrece resistencia ante el peso de los cuerpos, por ello es que siempre estos se encuentran en locomoción (otros tipos de movimiento, tal como los que implican cambio de cualidades o de estados, dependen de las congregaciones de átomos), mas dicho desplazamiento es hacia abajo; en otras palabras, está sujeto a vórtices posibles. Cualquier otro tipo de movimiento local, ya hacia arriba o hacia los costados, depende de choques con los otros cuerpos. Aunque todos estos desplazamientos son idénticos:

(θάπτον οἰσθῆται) οὔτε τὰ μικρὰ τῶν μεγάλων, πάντα πόρον σύμμετρον ἔχοντα, ὅταν μῆθεν μῆδὲ ἐκείνοις ἀντικρίπτη· οὔθ' ἡ ἄνω οὔθ' ἡ κάτω πλάγιον διὰ τῶν κρούσεων φορὰ οὔθ' ἡ κάτω διὰ τῶν ἰσίων βαρῶν.²⁹
(No [se desplazan más rápido] que los más grandes los pequeños, que tienen todos un poro proporcionado, ni aun cuando alguno se oponga a aquellos. Ni la propensión de arriba, ni la oblicua (dada) por golpes, ni la de abajo (producida) por los (átomos) propiamente bajos.)

La velocidad que se alcanza es la del pensamiento: la más veloz posible; tan rápida que se da en un tiempo inimaginable (*ἐν ἀπειροσσίῳ χρόνῳ*).

A pesar de que Epicuro no lo cita en su carta, ya sea porque no nos llega completa o porque no era para este escrito (razón, esta segunda, que no parece la más obvia), se sabe que estableció el concepto de *παρέγκλισις*,³⁰ traducido por Lucrecio como "clinamen" al latín. Este consiste en un cambio azaroso en la caída constante de los átomos:

*Illud in his quoque te rebus cognoscere avemus,
corpora cum deorsum rectum per inane ferentur
ponderibus propriis, se incerto tempore ferre
incertisque locis spatio depellere paulum.*³¹

(Anhelamos conocer aquello en esto y también en las cosas, los cuerpos, cuando son llevados hacia abajo recto en el vacío por su propio peso, en un incierto tiempo y en un más o menos incierto lugar se desvían un poco en el espacio.)

El cambio de rumbo es casi ínfimo, pero suficiente para que empiecen a modificarse todas las rutas de los que caen en derredor, y dada semejante colisión, se inicia el proceso de formación de los compuestos e incluso el del cosmos completo (la aceptación de esta declinación, producto del azar, supone una renuncia, aunque no lo parezca así, al primer principio de la física, que hemos expuesto atrás: "ex nihilo nihil", puesto que supone que cualquier otra cosa podría haber sucedido y no tenemos ningún tipo de evidencia de ello, ya sensual, ya racional). Esta noción tiene un especial interés dado que puede en última instancia justificar la libertad humana, que en el determinismo democríteo no tenía cabida (Epicuro rompe de nuevo con la física atomista en favor de la aristotélica, dado que esta *παρέγκλισις* está concebida desde la racionalidad física del estagirita: ella es, quizás, la "causa eficiente" del universo).

Estos choques, que provoca dicha declinación, se suceden continuamente en todo el universo. Su producto son lo que podemos llamar cuerpos compuestos, *ἄστροισμα*, *σύστημα* o forma de átomo que mayoritariamente contenga, sino también de su orden y disposición; a propósito de esto, no cualquier mezcla es posible,

la naturaleza misma de los átomos, con sus diferentes figuras y tamaños, favorece ciertas combinaciones y rechaza otras.³²

(¿Acaso podemos hablar de continuas tentativas, victorias y fracasos en dichas conformaciones? A pesar de que se habla de un proceso mecá-

nico y azaroso, la naturaleza no muestra un irracional sistema de desarrollo, aunque en ocasiones no comprendamos su acción.)

Una vez asociados, los átomos no dejan de moverse, dado que siempre tienen espacio suficiente; por eso, hay una continua transformación en estos compuestos, mutación que llega a veces a su misma disolución.

Así, en este cosmos, que es sólo uno de los posibles, dado que hay innumerable cantidad de ellos, priva lo cuantitativo por sobre lo cualitativo (es seguro que ninguno de los otros, que no estamos en capacidad de conocer, incumple esta caracterización); es más, las cualidades no son sino producto de la unificación de esos criterios: figura, orden y disposición. (Obviamente es una grave omisión el que Epicuro no tomara en cuenta la necesidad de un modelo matemático de interpretación de la realidad, el que por supuesto debía ser paralelo a los otros conocidos en su tiempo, que partían de ontologías muy distintas.)

Ante tal configuración, es el azar -τύχη- la verdadera causa de todas las cosas, es el único agente que actúa en el universo. Frente a este, la *Ἀνάγκη* parmenídea se pregona como la modeladora de lo ínfimo, el átomo, y del absoluto, el Todo, el que permanece siempre igual, inalterable en su materia y energía.

Epílogo

El epicureísmo no rompe con la racionalidad que había propuesto Parménides, así como no lo hace casi ninguno de los físicos que le antecedieron; pero es indudable que las diferencias entre los sistemas filosóficos son radicales. En el Jardín quedaba claro que el pensamiento de Platón, al que ya se había enfrentado Demócrito, era absolutamente paralelo a la "verdad", sobre todo si tomamos en cuenta el desprecio de aquel por nuestro mundo sensible; por eso, si es cierto que Epicuro escuchó algunas lecciones de Jenócrates, no las debió degustar con placer. Tampoco es apreciado Aristóteles, quien junto con su maestro, hubo de recurrir a un organicismo teleológico para la estructuración del cosmos; como ya el abderita lo había hecho, los epicúreos enfrentan esta tesis en forma drástica, eliminando no solo la finalidad en el cosmos, sino también su vitalidad de corte sobrenatural o espiritual; aunque no hemos podido dejar de observar las caídas que les provoca esta física. Tanto el sistema de

Aristóteles como el de Platón son sumamente amplios y complejos; en física, sobre todo el de Aristóteles, quien había dedicado buena parte de su labor al esclarecimiento de sus principios. El materialismo ontológico de corte mecanicista de Epicuro era un modo distinto de hacer y concebir la filosofía de la naturaleza.

Pero más que contradecir estas teorizaciones, que no dejan de influir en el mismo Epicuro, el Jardín enfrenta al estoicismo con especial énfasis. Ante su determinismo, que los mismos epicúreos debieron haber recogido del antiguo atomismo, proponen el Azar cósmico; ante su panteísmo, eliminan toda inteligencia agente en el cosmos; ante su conflagración universal, destacan la indestructibilidad de la materia; etcétera.

El gran problema de esta física se encuentra en su constitución. Si bien no hemos podido considerar la exposición que hace Epicuro en la obra *Περὶ φύσεως*, lo que hemos visto de su doctrina no es satisfactorio. Sus adiciones a la teoría democrítica no son todo lo halagüeñas que se esperaba, más parecen soluciones un tanto descuidadas, por la inconsistencia en que cae en la mayoría de esas; por ejemplo, la tesis de las "minimae" deja entrever una inconsistencia lógica o al menos terminológica. Menos perdonable es la reposición que hace Lucrecio, dada la mayor perspectiva que debía poseer, a casi dos siglos de diferencia. Lo que provocó esta situación es, sin duda alguna, la subordinación de la física a la ética eudaimónica: de alguna manera había que justificar muchas de sus doctrinas morales; recordemos, por ejemplo, cómo la misma libertad se fundamenta en aquella azarosa declinación de los átomos en su caída.

No podemos negar que hay aportes significativos en este atomismo, sobre todo el esfuerzo de enfrentar de una manera u otra el teleologismo y el determinismo como únicos modos de comprensión de las realidades sensibles. Además, por supuesto, de la serie de soluciones particulares a distintos hechos naturales; en esto no podemos dejar de citar las simpáticas descripciones y explicaciones que ofrece Lucrecio. Estos logros han sido muy enalte-

cidos, especialmente por el materialismo moderno.

Nuestras modestas observaciones van en torno al problema de la ontología epicúrea, que no es la más feliz de las doctrinas del maestro del Jardín. Una ontología que, contrario a lo que podría haber creído su autor, no parece habernos librado de las ataduras de la ignorancia.

Notas

1. Parménides, *Sobre la naturaleza*. Fr. 6, Simplicio, in *Phys.* 86, 27.
2. *Idem*, fr. 8, 5, *idem*, 78, 5.
3. De Meliso, fr. 7, *Simpl.*, *idem*, 112, 6.
4. De Empédocles, fr. 17, 12-13, *Simpl. idem*, 158, 1.
5. Lucrecio, *De rerum natura* I 753-757.
6. De Anaxágoras, fr. 4, *Simpl.*, *Phys.*, 34, 21.
7. Cappelletti, *Lucrecio: Filosofía como liberación*. Pág. 108.
8. T. Lucrecio C., *De rerum natura*, I 894-896.
9. Aristóteles, *Metafísica* A4, 985b 4.
10. Arist., *Sobre Demócrito*, ap. *Simpl.*, de *Caelo*, 295, 9.
11. Aecio I 23, 3.
12. Arist., *Sobre Demócrito*, ap. *Simpl.*, de *Caelo*, 295, 11.
13. Diógenes Laercio, IX 31.
14. Carlos García G., *Epicuro*. pág. 124.
15. Epicuro, *Carta a Heródoto*, en *Diog.* X 38-39.
16. T. Lucrecio C., *De rerum natura*, I 159-164.
17. Cappelletti, *op. cit.*, pág. 107.
18. Epicuro, *idem*, 39.
19. *Idem*.
20. *Idem*, 40.
21. M. Rodríguez, *El materialismo de Epicuro y Lucrecio*. Pág. 174.
22. Cappelletti, *op. cit.*, pág. 103.
23. Epicuro, *idem*, 41.
24. *Idem*, 42.
25. *Idem*, 54.
26. *Idem*, 58.
27. Rodríguez, *op. cit.*, pág. 179.
28. Epicuro, *idem* 43.
29. *Idem*, 61.
30. Tenemos conocimiento de referencias de Diógenes de Oenoanda (fr. 33, col. II), Aecio (I 12, 5 y I, 23, 4) y Cicerón (*De fato* XXII, 46 y *De nat. deor.* I, 70) en las que le atribuyen esta doctrina.
31. Lucrecio, *op. cit.* II 216-219.
32. C. García G., *op. cit.*, pág. 114.